

IDENTIDAD E IDENTIDADES A PROPÓSITO DE LA FAMILIA

“En la situación de apropiación los niños fueron arrancados de los brazos de sus padres, sin palabras y con violencia real. Arrancados de su identidad y de su historia personal y familiar fueron sometidos a una doble situación traumática: la desaparición de sus padres y la propia desaparición; sumergiéndose en un proceso de ocultamiento y enajenación “.

Abuelas de Plaza de Mayo

“20 años de experiencia de Abuelas de Plaza de Mayo en la recuperación de la identidad”.

Carolina de la Torre Molina

Me alegro muchísimo de que se incluya un tópico de identidad, e identidades, en un ciclo de seminarios sobre la familia porque, a pesar de que este es uno de los temas más tratados y profundamente estudiados hoy en día, es frecuente que se le considere algo obvio, al menos en la vida cotidiana y en algunos espacios públicos, por ejemplo determinados trabajos de prensa. Parece como si se considerase obvio no sólo el concepto de identidad, sino las identidades colectivas existentes en determinada sociedad, sus características distintivas, así como el proceso de formación de las identidades individuales y colectivas. Incluso se presuponen, por criterios externos a los propios grupos identitarios, y no siempre con mucho fundamento, las identidades y sus características. También, y esto sucede en el caso cubano, a pesar de la enorme tradición que existe de brillantes ensayos y estudios sobre el tema, se asume como obvio el propio proceso de formación de la identidad nacional.

Casi todo el mundo habla de LA identidad (más que de las identidades en plural), pero no se observa, por ahora, que las reflexiones aportadas por las Ciencias Sociales contemporáneas logren una adecuada repercusión. Tampoco la amplísima bibliografía sobre el tema logra disminuir los abismos entre los diferentes discursos, posiciones e intereses. Fuera de los especialistas en el tema, se habla y se escribe sobre identidad, no sólo en Cuba, sino en casi todo el mundo, con la misma seguridad con que hablamos de nuestra personalidad, por el simple derecho que nos confiere el vivenciarla.

Pero este derecho, como el que tenemos para hablar de nuestras enfermedades aunque no las conozcamos a fondo, entraña el mismo peligro que el de automedicarnos. No se trata de reglamentar el hablar popular y cotidiano (más bien tenemos que aprender), pero los que tenemos que ver profesionalmente con el tema (profesores, periodistas, publicistas, investigadores sociales, dirigentes institucionales, etc.) estamos obligados a ir más allá de nuestro sentido común para no cometer el mismo fallo que los que pretenden curar o dar recetas sin ser médicos. En fin, por muchas razones agradezco y me alegro de la invitación.

Vamos a ver primero porqué es importante hoy en día el tema de las identidades. Para ello, trataré de adelantar, de manera muy extractada, algunas de las ideas de la primera parte de un libro que estoy por entregar a publicación (De la Torre, 2001), además de las reflexiones que he intentado elaborar especialmente para ustedes, especialistas en familia. Les hablaré un poco de la actualidad del tema, de la identidad como necesidad, del propio concepto y sus aplicaciones, así como, muy por encima, del papel y retos de la familia en la formación de las identidades, especialmente las individuales.

Si, como algunos han planteado, la estabilidad de una generación puede describirse a partir de la similitud que existe entre el pasado de los abuelos y el futuro de los nietos, no cabe duda de que nuestra época es una de grandes cambios culturales. En la actualidad, más que nunca, va resultando difícil entender el mundo que nos rodea. El cambio, que ocurrió siempre, se produce ahora a tal velocidad y con tal magnitud, que no nos permite acomodar nuestras percepciones con igual rapidez, lo que ha sido observado, estudiado y analizado por investigadores sociales en todas partes del mundo, por ejemplo Klapp (1972), Torregrosa (1983), Gergen (1985), Ubieta (1993), Giddens (1995), Jenkins (1996), Ravelo (1996), Touraine (1997), Castells (1998), García-Borés y Martinoy (1998).

Además de la velocidad de los cambios, está el alcance de los mismos. No se trata solamente de que determinados grupos humanos cambien más rápido a su interior, sino de que los cambios “ajenos” nos alcanzan inevitablemente y, de alguna u otra manera, los tenemos también que asimilar. Ambas cosas, velocidad y alcance, nos enfrentan en el transcurso de una sola vida, no solamente a una multitud de conocimientos, informaciones y estímulos, sino de mundos simbólicos, costumbres, lenguajes, etc. que deben ser contrastados con nuestros esquemas de referencia, a veces empobrecidos de por sí por los procesos de enajenación de las sociedades contemporáneas o por el deterioro espiritual y mental que provoca la miseria.

Y, como si esto fuese poco, la gente se mueve más. No sólo los que tienen recursos o contratos para viajar al exterior en busca de prosperidad (estos se parecen cada vez más entre

sí y serían, realmente, a los que más se les puede aplicar aquello de que la globalización unifica o iguala); sobre todo, y de maneras muy dramáticas, los que huyen de la pobreza, el hambre, las enfermedades o las persecuciones, llegando a destinos absolutamente ajenos donde, día a día, se enfrentan a la diferencia o al desprecio, además de la ruptura de sus formas de vida y de sus propias familias.

Pero el problema no es sólo cuantitativo: demasiada velocidad, demasiada información, demasiada tecnología o demasiados movimientos. Hay graves asuntos de contenido que tienen que ver con el tipo de cambios, con las desigualdades sociales, con la pérdida o cambio drástico de valores sociales y familiares, con la heterogeneidad discursiva, con el contenido vaciado de utopías y contradictorio de los mensajes, con la participación (o más exactamente no participación) de la gente en la vida social y en la producción, selección y recepción de la información, con la "informatización" del poder, y con el evidente distanciamiento entre los logros de la humanidad y la posibilidad de satisfacer con ellos las necesidades básicas de las grandes mayorías.

Pero, si lo enfocamos de otra manera, vemos problemas y debates sobre la identidad empresarial, de género, generacional y de otros tipos como sería el caso de la identidad familiar. Esta última, aunque tiene todavía menor protagonismo en la bibliografía sobre identidad (en comparación con los estudios de identidades étnicas, nacionales, raciales, o de género), es una manera muy interesante, productiva y de amplias posibilidades empíricas, de abordar los estudios de familia, por las implicaciones que tiene para el estudio de los sentimientos de pertenencia, los valores, los proyectos de futuro y, en general, la creación de sentidos y el bienestar personal. Por lo demás, el tema de la identidad familiar atraviesa cualquiera de los restantes mencionados, ya sea porque la familia es una de las principales instituciones que caracterizan, sustentan y diferencian algunas otras identidades (religiosas, nacionales o étnicas, por ejemplo) o porque en el escenario familiar, aunque no sea el único, se imitan, reelaboran, o rechazan las identidades que cada niño encuentra "disponibles" a medida que crece; y se favorece la gestación (lo mismo con apoyo, crítica o incluso "guerra interna") de otras nuevas identidades que a los niños, adolescentes, jóvenes o viejos (recordar *La vieja dama indigna*) les pueden resultar más atractivas que aquellas que la sociedad les ofrece ya hechas.

En fin, los contenidos de los debates actuales acerca de las identidades individuales y colectivas tienen que ver con el propio concepto y las aproximaciones a su estudio (por ejemplo el debate entre realismo y constructivismo), con los procesos de formación de identidades, con la influencia de la familia y otras instituciones sociales en la instauración y

mantenimiento de "prácticas sociales del recuerdo" que contribuyen a la creación y mantenimiento de sentimientos de pertenencia, y con los "nuevos tipos de identidades" y "las nuevas maneras de construcción de identidad" característicos de las condiciones del mundo de hoy (ver García Canclini, 1995).

Pero hay una razón más universal y general para fundamentar el interés. La identidad es una necesidad cognitiva (hacer y conocer nuestro lugar en el mundo) y práctica (por urgencias económicas, políticas o sociales); es también una necesidad existencial.

A la necesidad de la identidad se han aproximado los autores contemporáneos de muy diversas maneras. Se ha hablado de "sentido firme de identificación grupal" (Lewin, 1948), "búsqueda de sentido" (Frankl, 1963), "procesos de construcción de sentido" (Castells, 1998), "necesidad de mantenimiento existencial y de integración universal" (Nuttin, Pierón, Buytendijk, 1965), "arraigo", "marco de referencia", "relación" o propiamente "identidad" (Fromm, 1941, 1956, 1966), "necesidad de conocernos y autorrealizarnos" (Maslow, 1972), "necesidad de conocerse a sí mismo" y "ser reconocido" (Rogers, 1961, 1980), "necesidad de un sentido de pertenencia y de un autoconcepto positivo" (Tajfel y Turner, 1979), "necesidades básicas de autodeterminación, protección y dignidad" (Kelman, 1983, 1995), "necesidad de identificarse y de argumentar narrativamente las identificaciones y la continuidad de las mismas" (Marco y Ramírez, 1998), "necesidad individual y social de continuidad entre el pasado, el presente y el futuro" (Pérez Ruiz, M.L., 1992) y de muchos otros aspectos más. Pero, llámese como se llame –lo mismo se enfatice la reflexividad, la búsqueda de sentido, la autoestima, la libertad o la pertenencia-, las personas parecen seguir necesitando de ese sentimiento de relativa continuidad subjetiva y armonía que proporciona la identidad personal. También del sentimiento y conciencia de pertenencia a determinados grupos humanos.

Nos guste y nos parezca contemporáneo o no, las personas siguen teniendo esa necesidad de coherencia, autoconciencia y continuidad, siguen necesitando del arraigo, la pertenencia a grupos y del bienestar que producen los mundos simbólicos compartidos y la buena autoestima. Y los grupos, ya se hable de géneros, comunidades, religiones, etnias, naciones o familias, necesitan construir, fortalecer y expresar sus identidades en tanto visiones del mundo, metas y valores compartidos que los unen en proyectos comunes.

En fin, repito, estamos hablando de una necesidad cognitiva, práctica y existencial. Pero, ¿qué es en definitiva la identidad?

A mí me parece interesante enunciar, con cierto nivel de generalidad, lo que parece ser una constante implícita o explícita en las definiciones del concepto de identidad, que, por cierto, también es una constante en muchas de las definiciones particularmente

psicológicas de la identidad (referidas a las identidades personales y colectivas, es decir, a las identidades subjetivas). **Cuando se habla de la identidad de algo, se hace referencia a procesos que nos permiten suponer que una cosa, en un momento y contexto determinados, es ella misma y no otra (igualdad relativa consigo misma y diferencia -también relativa- con relación a otros significativos), que es posible su identificación e inclusión en categorías y que tiene una continuidad (también relativa) en el tiempo.** Todo lo cual, por cierto, no tiene que implicar ninguna concepción estática, fundamentalista o esencialista. En el caso de las identidades subjetivas, habría que añadir que la identidad no solamente supone que un individuo (o un grupo) es el mismo y no otro, sino, sobre todo, que tiene conciencia de ser el mismo en forma relativamente coherente y continua a través de los cambios. Más adelante esto se profundizará cuando comentemos la reflexividad y otras dimensiones de la identidad como cualidad de las identidades subjetivas.

Esta primera definición (porque tendremos que ajustarla todavía un poco más para hablar de las identidades humanas) parece apropiada para "cubrir" los más diversos casos particulares, incluyendo, por supuesto a la familia.

De todas maneras el asunto no es tan claro y simple. Por el contrario, cada vez es más confuso y va a requerir de convenciones. Hay que establecer igualdades y diferencias que se desplazan en dimensiones objetivas y subjetivas. Así, los propios criterios que permiten dibujar los contornos de una identidad, las fronteras (que permiten distinguir que una cosa es ella y no otra) solamente pueden ser entendidos en los propios contextos en que esos atributos han sido contruidos, objetivados, definidos.

Berger y Luckmann (1968), seguidos por muchos otros autores más actuales, plantean que la identidad es un asunto de fronteras y límites, de igualdades y de diferencias, que sólo tienen sentido en el contexto en el cual ciertos significados fueron contruidos, dotados de "facticidad objetiva" mediante procesos subjetivos. Estos procesos subjetivos pueden colocar, para distintos grupos, las fronteras de los blancos y los negros más para acá o más para allá, con independencia, por ejemplo, del color "objetivo" de la piel.

Y, precisamente, la discusión de hoy en día, en gran parte, pasa por la interpenetración de las identidades y las dificultades y relatividades de las fronteras (repito que siempre fue así, pero ahora es más masiva y veloz). El mundo cambia a una velocidad mayor y no es fácil que alguien se mantenga alejado de estos cambios. Por lo demás, las dificultades para determinar que una persona o una cosa sigue siendo una y no otra pueden aparecer tanto en las apreciaciones internas o autoreflexivas (un anciano que enfrenta su nueva vida como jubilado), como en las externas (el asesino que atribuye a su víctima la identidad étnica de

algún grupo fanáticamente rechazado). Ambas identidades son construcciones socioculturales basadas en hechos concretos y, como tales, tienen sentido en determinados contextos y momentos históricos.

Entonces hay varios aspectos que se pueden puntualizar ya en las identidades: El primero es que las igualdades y diferencias relativas, contribuyen al establecimiento de límites. El segundo es que esas igualdades y diferencias y esos límites no son siempre esenciales, estables o totalmente objetivos; los límites serán casi siempre relativos, cambiantes, emergentes y socialmente contruidos. El tercero es que para diferentes identidades los límites pueden ser más o menos objetivos y reales o más o menos subjetivos y contruidos (aunque contruido no es sinónimo de poco real). El cuarto aspecto es que las igualdades y deferencias no bastan ni funcionan como límites de identidad si no son más o menos percibidas como tales (con mayor o menor conciencia y elaboración). El último aspecto, vinculado a los dos anteriores, es que los contenidos y contornos de las identidades, aparecen como más evidentes (objetivos) y se hacen más conscientes en función, por un lado, de las experiencias históricas, sociales o naturales concretas, y por otro, de procesos no sólo espontáneos, sino manipulados, creados desde relaciones de poder (como las que se establecen dentro de las familias) y reforzados por los medios de comunicación y otras vías.

Absolutizar uno de los dos últimos procesos sería un error. Una familia, por ejemplo, va logrando, de generación en generación (aunque también puede hacerse con relativa rapidez y con mayores presiones), construir una identidad más o menos fuerte, más o menos consciente.

Así, la identidad, no es sólo algo que está ahí para ser descubierta. Necesita ser pensada, reconocida, establecida y aceptada (negociada dirán algunos) en un proceso práctico y comunicativo (social) donde participan siempre polos internos (los sujetos de esa identidad) y externos (los otros que la reconocen, crean, aceptan o rechazan). Hay que decir también, aunque sea un tema posterior, que lo anteriormente planteado significa que la formación de las identidades tiene lugar en la actividad y la comunicación humanas mediante interacciones en las cuales, por muy fuertes que sean los mecanismos de poder, educación o seducción, unos y otros reciben, ofrecen y cambian, unos y otros son activos.

Otro problema es que este “establecimiento de la identidad” tampoco es para siempre. Aunque muchos objetos cambien relativamente poco, la diferencia en la identidad no solamente se presenta con respecto a otros, sino con relación a un mismo ente que se transforma en el tiempo. Así, tal y como ocurre con la igualdad y la diferencia, la continuidad y la ruptura son

dos dimensiones básicas de las identidades, y muy especialmente de las identidades individuales y colectivas, en las cuales siempre existen o están ocurriendo cambios.

Efectivamente, si para entender la identidad del mundo material, de la “realidad objetiva”, es importante tener en cuenta las complejidades de la subjetividad, cuán compleja no será la identidad de los sujetos, que se piensan y reconstruyen a sí mismos, además de ser continuamente pensados, evaluados, aceptados o rechazados en el contexto de sus actividades y relaciones con los demás.

Así, a estas alturas, ya es posible hablar de “otra” definición de identidad, o más bien, trabajar un poco la anterior, ajustándola a un universo más estrecho, pero a la vez más complejo: el de las identidades humanas; es decir, las identidades de las personas y de los grupos (o de los sujetos individuales y colectivos).

También es necesario aclarar que, aunque yo misma he utilizado (1995), como otros autores, el concepto de “identidad social” o “identidades sociales”, trataré de hablar en lo adelante, con la intención de acentuar el carácter social de todas las identidades, en términos de identidades individuales e identidades colectivas, lo cual debe entenderse como “identidades sociales individuales” e “identidades sociales colectivas”. De esta manera, también, dejamos resuelto un uso ambiguo del término identidad social, utilizado lo mismo para hablar de la identificación y sentido de pertenencia de un ente individual con un grupo social, que para designar la propia identidad de un grupo social, la conciencia de mismidad de ese grupo o colectividad (“la identidad nacional de los cubanos”, “esa familia tiene una fuerte tradición e identidad”), ambas consideradas como identidades socialmente constituidas y absolutamente enlazadas. Quiero decir que no es lo mismo hablar de los sentimientos de pertenencia que un sujeto particular puede tener con respecto a su familia, que la existencia, con las características que he estado mencionando, de una identidad familiar, de lo propio y de lo relativamente continuo.

Pero las personas no sólo están percatadas de su mismidad y continuidad, también tienen, gracias precisamente a la conciencia, la capacidad de la reflexividad, que para muchos autores viene a ser algo así como lo que hace posible que el individuo pueda llevar una crónica particular de su vida y repensarse a sí mismo (Bruner, 1991; Jenkins, 1996; Giddens, 1997). De manera general esta puede ser entendida casi como sinónimo de introspección o como meditación sobre una experiencia anterior y su significado. Las personas, mediante el pensamiento y el lenguaje, evalúan su lugar en el mundo, reconsideran sus vidas y son capaces de narrar su historia otorgándole continuidad.

Pero no sólo se valora el pasado. Bruner, de manera más amplia, considera que la reflexividad es “nuestra capacidad de volvernos al pasado y alterar el presente en función de él, o de alterar el pasado en función del presente. Ni el pasado ni el presente permanecen fijos al enfrentarse a esta reflexividad” (1991, p.109).

En cierta manera se afecta el pasado en función del presente; pero también se afecta el presente en función del pasado. La mamá se siente mejor o peor con el hijo, se siente más o menos desgraciada en dependencia de la versión que en el momento haga de su propia historia. De manera general, la identidad, más allá de la sucesión de hechos objetivos que tienen que ver con la propia vida familiar, puede percibirse como continuidad y mismidad gracias a la posibilidad humana de estructurar, mediante el lenguaje, narraciones o historias que organizan, comunican y recrean las experiencias vividas.

Así, las identidades humanas son casi imposibles de pensar sin la posibilidad que tienen las personas de elaborar una crónica de sus vidas. Una crisis de identidad no sólo trae como consecuencia (favorable) que nos propongamos cambios en nuestros comportamientos o en nuestras maneras de pensar; también cambiamos la forma en que hemos interpretado nuestra vida, o la forma en que conceptualizamos y sentimos nuestra mismidad. En esto, precisamente, se basan muchos enfoques de psicoterapia.

En fin, a estas alturas creo que es posible recapitular. Yo había dicho que, cuando se habla de la identidad de algo, se hace referencia a procesos que nos permiten suponer que una cosa, en un momento y contexto determinados, es ella misma y no otra, que es posible su identificación o inclusión en una categoría y que tiene una continuidad en el tiempo. Lo mismo puede decirse de la identidad de una persona o de un grupo. Pero no es suficiente. Habría que especificar.

Cuando se habla de la identidad de un sujeto individual o colectivo hacemos referencia a procesos que nos permiten suponer que ese sujeto, en determinado momento y contexto, es y tiene conciencia de ser el mismo, y que esa conciencia de sí se expresa (con mayor o menor elaboración o *awareness*) en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente una continuidad a través de transformaciones y cambios. Todo esto, para muchos, puede resumirse, como yo misma escribí antes (1995), diciendo que la identidad es la conciencia de mismidad, ya sea que se trate de una persona o de un grupo. Si se habla de la identidad personal, aunque filosóficamente se hable de la igualdad consigo mismo, el énfasis está en la diferencia con los demás; si se trata de una identidad colectiva, aunque es igualmente

necesaria la diferencia con “otros” significativos, el énfasis está en la similitud entre los que comparten el mismo espacio sociopsicológico de pertenencia.

La movilidad de estas inclusiones y sentimientos de pertenencia es enorme, e implica, para cada persona, no una asimilación pasiva de normas y valores que le preceden o le son propuestos en sociedad, sino su recepción activa; implica la participación en el desarrollo de los mismos. Pero esta actividad no es solamente externa o visiblemente interactiva, es también el constante replanteo y reconsideración discursiva de la historia personal, apoyada, como se vio anteriormente, en diversos procesos psicológicos como la memoria y la reflexividad.

Por eso, muchos investigadores actuales prefieren hablar de *actos de identificación*, los cuales son intencionales, direccionales y objetivos, situados en escenarios particulares (Rosa, Blanco, Huertas, Mateos y Díaz, 1995). Estos actos de identificación (con uno mismo y con determinados grupos) implican procesos de integración de las experiencias, mediante los cuales las personas, lejos de ser “recolectoras de su pasado”, son narradoras que moldean y reconstruyen constantemente el pasado, integrándolo al presente y proyectándolo al futuro; logrando con esto el sentido de continuidad, de mismidad y de pertenencia a grupos sociales. Serrano, por ejemplo, opina que “los seres humanos, a la luz de la metáfora narrativa, ejercitan el pensamiento, crean espacios imaginarios, delimitan sus elecciones morales, y construyen su propia identidad de acuerdo a ciertas estructuras de naturaleza narrativa” (1995, p.42).

Tan importante papel se otorga a la narración, como principio organizador de la acción humana que posee una función estructurante, que incluso se ha desarrollado el concepto de “identidad narrativa”, entendida por Widdershoven como “la unidad de la vida de una persona tal y como es articulada y experimentada en historias que expresan esa experiencia” (citado por Serrano, 1995, p. 42). Pero no debe desestimarse la experiencia y la activa interacción con el mundo.

En la actividad y comunicación con la familia y el resto de la sociedad, utilizando el lenguaje de Vygotsky (1979) y Leontiev (1975), se produce el proceso de interiorización y apropiación de las herramientas culturales como el lenguaje, y de los rasgos, significaciones y representaciones que serán incorporados al yo, tanto en lo que este tendrá de muy individual como en lo que se refiere a la pertenencia a grupos. Pero este proceso no es unidireccional ni mecánico, tampoco exclusivamente cognitivo.

Al revés, hay que enfatizar, como corresponde a una verdadera interpretación histórico cultural y humanista, que en la interacción y comunicación con los otros y con el mundo

material los niños van desarrollando formas creativas y personales de relacionarse con la realidad, las cuales, a su vez, ayudan a satisfacer necesidades cognitivas, afectivas y conductuales así como a ir creando todo un mundo de sentidos personales existencialmente indispensables, entre los cuales están los sentidos que tienen que ver con nuestra identidad: ¿quién soy?, ¿qué deseo hacer?, ¿qué significan para mí los que me rodean?, ¿por quiénes sería capaz de sacrificarme o luchar?, ¿qué importancia tengo para los demás?

Los modos verbales y no verbales de comunicarse, los significados y sentidos compartidos por el medio social que rodea al recién nacido, las memorias del pasado, los valores, actitudes, tradiciones, hábitos, costumbres, gustos, prejuicios, expectativas y símbolos sociales van llegando a los niños y niñas en crecimiento a través, primero, de los adultos más cercanos que narran e interpretan las experiencias del pasado y, después, mediante nuevas y más variadas influencias en la escuela, los amigos, la comunidad y, por supuesto los medios de comunicación. El niño desde muy temprano participa en “*formas públicas de rememoración*” (ver Rosa, Bellelli y Bakhurst, Eds., 2000). como ritos, desfiles, homenajes, fiestas populares, visitas a monumentos y celebraciones familiares, a través de las cuales va estableciendo vínculos y asumiendo como propios los recuerdos conservados y transmitidos por su entorno cultural. Incluso los recuerdos personales son rememorados u olvidados por la acción de los adultos, quienes “escogen” qué se va a retratar, filmar, volver a contar o callar. En otros casos, aquellos que pueden, desde muy pequeños, se conectan con las nuevas tecnologías, sustituyendo los vínculos más tradicionales que alguna vez estudiaron Wallon, Piaget o Vygotsky por una muy independiente (aunque no menos social o cultural) manera de ponerse en contacto con el mundo al cual acceden.

A primera vista y pensando de una manera bastante tradicional (o autoritaria) pudiera parecer un proceso simple: los mayores enseñan, transmiten, forman; los pequeños aprenden, reciben, son formados; los medios inculcan, los receptores asimilan; las estructuras de poder imponen, los subordinados aceptan. Pero no es así, aunque, lamentablemente, hoy en día muchas familias y maestros sigan creyendo que es algo muy sencillo y unidireccional (algunos padres y maestros creen que se hacen identidades como se tallan esculturas) y en las instituciones escolares todavía se intente formar, educar y enseñar de la manera “bancaria” que Paulo Freire (1970) criticó.

Está más que comprobado por los especialistas en comunicación que las representaciones, símbolos e identidades, que desde determinadas estructuras de poder se quieren implantar en la cabeza de los receptores, no llegan a una *tábula rasa* sin resistencia,

sino a una subjetividad activa que piensa, crea, transforma, adjudica sentidos, etc. Lo mismo puedo decir de la formación de la identidad personal. Tal vez el sexo y la familia puedan ser muy tempranamente constituidos en un niño que, todavía insuficientemente “armado”, los recibe como algo natural. No en balde a estas identidades se les ha llamado a veces “*identidades primarias*” y se ha considerado que, además de estar muy determinadas por nuestro cuerpo, tienen un fuerte arraigo y resistencia al cambio por su temprana formación. Pero, aun en estos casos, no hay nada fijo. La identidad nunca es estática ni unilateralmente formada.

Si consideramos que la subjetividad se caracteriza porque está culturalmente mediada, se desarrolla sociohistóricamente y surge de la actividad práctica, es posible entender la formación de la identidad personal (recuérdese que aquí incluyo a todas aquellas nociones y sentimientos de pertenencia a grupos) como un proceso más complejo, que si bien transcurre mediante interacciones humanas, no puede desestimar las acciones colaborativas y los contextos culturales en que ocurre la comunicación, así como el hecho de que los propios contextos culturales son producidos, reproducidos y transformados por la acción humana. Los otros están desde siempre, mucho antes de que se adquiera el lenguaje, nos acompañan toda la vida como figuras significativas, “fantasmas”, referentes culturales, mitos, figuras de poder, etc., y su función sobrepasa aquella de ofrecer definiciones externas.

Cuando no existen experiencias y vivencias personales, o interrelaciones significativas, la formación de identidades familiares, comunitarias o nacionales no pasa de ser, en el mejor de los casos, la aceptación de una etiqueta que nada significa para el niño o el joven.

Y, casi para terminar, habría que volver a subrayar, sin restar peso a la crítica de los intentos verticales de “depositar” valores, la importancia de las experiencias e influencias que tienen que ver con la incorporación personal de las representaciones del pasado que los grupos humanos producen, conservan, elaboran y transmiten a través de memorias colectivas que interminablemente y de diversas maneras se narran a las nuevas generaciones. La transmisión de estas memorias ocurre mediante diferentes prácticas sociales que contribuyen a recordar u olvidar ciertos hechos, a valorarlos de diferente manera, a crear ciertas costumbres y hábitos, y a formar o no sentimientos de pertenencia.

Pero no es cosa de que la acción de los adultos o de cualquier otro poder pueda por sí sola y en todas las circunstancias manipular el recuerdo y las identidades. Aunque sean muy importantes las prácticas del recuerdo, los hechos personales significativos, la interiorización individualizada de los modelos y las historias compartidas ocurren y son primordiales.

También es válido el planteamiento al revés: los individuos tienen experiencias personales o compartidas importantes y se insertan en grupos que también han tenido historias y hechos significativos, pero la ocurrencia de ambos no es la única garantía del recuerdo y de la identidad. Por un lado es necesario que el nivel de participación de los nuevos miembros (de las identidades previamente constituidas) en los destinos de las mismas satisfaga determinadas necesidades y les haga sentir que son parte de esa historia; por el otro, las prácticas sociales del recuerdo privilegian ciertos hechos o silencian otros, construyen símbolos y significados que se transmiten a ellos. De esta manera, la interacción social y las experiencias y vivencias de los sujetos, además de las influencias de la historia y del poder, resultan todos elementos importantes e inseparables para la construcción de la identidad personal en la actividad, aunque a lo largo de la vida y en condiciones sociales diferentes, en familias diferentes, el papel de unos y otros factores pueda ser más o menos significativo.

Sólo resta, entonces, recordar que los procesos identitarios nunca terminan y que la importancia de la identidad está, en gran parte, en su valor como fuente de sentido tanto para el pasado como para el presente y el futuro.

Así, aunque es indiscutible la importancia del pasado y el papel de la memoria como soportes de la identidad, nuestra conciencia de mismidad es mucho más que el resultado presente de nuestro pasado; es la posibilidad de proyectarnos en el aquí y ahora intencionalmente hacia el futuro. ¿Para qué sirven nuestras motivaciones, nuestros valores, las capacidades adquiridas que nos caracterizan y la noción que hemos construido de nosotros mismos? ¿Para qué, si no es para emprender algunos proyectos conjuntos, nos integramos a colectividades y desarrollamos sentimientos de pertenencia a la familia o a la patria?

Y voy a terminar aquí, porque, más allá del interés común que todos tenemos en aprovechar este espacio y de la necesidad tan grande que tenemos de debatir el papel de la familia en la "transmisión" (preferiría no usar esta palabra que me suena a polea) y "formación" de valores (con esta corremos el peligro de que se hagan interpretaciones unidireccionales), creo que de alguna manera, con vacíos y saltos inevitables, he tratado de decir algunas ideas sobre la importancia y la necesidad de la identidad, el concepto de identidad, las particularidades de las identidades humanas (individuales y colectivas) así como algunas de sus dimensiones.

En cuanto a la familia, en su simultáneo rol de mismidad y de otredad, es, salvo excepciones, el escenario primero, principal e insustituible donde se gestan, desarrollan y transforman las identidades humanas. Y esto ocurre a través de un proceso muy complejo

de interacciones y mediaciones; de experimentaciones, conquistas y búsquedas personales; de influencias externas y de identificaciones activas que implican y necesitan de riesgos, vivencias muy personales, experiencias con otros y protagonismo. En el transcurso de este proceso, los adultos (padres, educadores, especialistas) enfrentamos un dilema que presupone un enorme reto. Por un lado nuestros hijos no deben crecer "silvestres" ni privados de la herencia cultural e histórica que les podemos legar y que enriquece espiritual y materialmente sus vidas, garantizando la continuidad de inestimables valores sociales. Por otro lado, siempre se corre el riesgo de desestimar la necesidad del protagonismo, el cambio, la diversidad y la participación activa, de los que llegan nuevos a la vida y a las familias, en la construcción de sus propios espacios de pertenencia y de los significados que para ellos tendrán.

El David perfecto de Miguel Angel pudo ser hecho al gusto del artista; y la obra, por más de 500 años, se ha mantenido tan bien que tal vez no se le noten los desgastes y cambios. Lo malo es que, como el David, las identidades "hechas a mano" (como dice la frase popular) sólo garantizan las apariencias externas. Falta la vida, la actividad, la creatividad, el poder transformador y, en definitiva, el cambio y el desarrollo, que solamente se logran a través, sí, de la actividad y comunicación con otros como los familiares, pero recordando que ningún poder familiar es tan grande que pueda lograr que su ejemplo sea activamente admirado e imitado por el simple hecho de que se lo proponga. Y, cuidado, que también el David puede ser interpretado, pensado y vuelto a pensar de manera diferente por cada generación. Ninguna familia, aunque lo contrario parezca obvio para muchos padres, tiene el derecho, que sólo le otorgaría un concepto muy autoritario de hogar, de "fabricar" sus hijos "a mano", a imagen y semejanza de las generaciones precedentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABUELAS DE PLAZA DE MAYO (1995). *Filiación, identidad y restitución; 15 años de lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: El Bloque Editorial.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BRUNER, J. (1991). *Actos de significado; más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. II, El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- DE LA TORRE, C (1995). Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana. *Temas*, No. 2, 111-115.

- _____ (2001). *Las identidades individuales y colectivas*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello", Inédito.
- FRANKL, V. (1963). *Man's search for meaning*. New York: Washington Square.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- FROMM, E. (1941). *Escape from freedom*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- _____ (1956). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica
- _____ (1966) *El arte de amar*. Buenos Aires: Paidós.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- GERGEN, K. (1985). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- GIDDENS, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo; el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- JENKINS, R. (1996). *Social Identity*. London: Routledge.
- KELMAN, H.C. (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. (pp.241-268) Barcelona: Editorial Hispano Europea, S.A.
- _____ 1995). *Negotiating national identity and self-determination in ethnic conflicts: the choice between pluralism and ethnic cleansing*. Ponencia. XXV Congreso Interamericano de Psicología, San Juan, Puerto Rico, Julio, 1995.
- LEONTIEV, A.N. (1975). *Actividad, conciencia y personalidad*. La Habana: Pueblo y Educación.
- LEWIN, K. (1948). *Resolving social conflicts*. New York: Harper.
- _____. (1977) *The dilemma of human identity*. New York: Jason Aronson, Inc.
- MARCO, M.J. Y RAMÍREZ, J.D. (1998). *Discurso, diálogo y modos de identidad: un estudio de la identidad cultural andaluza en grupos de discusión*. Ponencia al Encuentro Internacional Identidad y Subjetividad. La Habana, marzo 1998.
- MASLOW, A.H. (1972). *El hombre autorrealizado*. Barcelona: Kairós.
- NUTTIN, J., PIERÓN, H., BUYTENDIJK, F. (1965) *La Motivación*. La Habana: Proteo.
- RAVELO, P. (1996). *El debate de lo moderno-postmoderno*. La Habana: Ciencias Sociales.
- ROGERS, C. (1961). *On becoming a person*. Boston: Houghton Mifflin Co.
- _____ (1980) *Libertad y creatividad en la educación*. Buenos aires: Paidós.
- ROSA, A. , BELLELLI, G. Y BAKHUST, D. (Eds.) (2000). *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid, Biblioteca Nueva.

- ROSA, A., BLANCO, F., HUERTAS, J.A., MATEOS, A.I., DÍAZ, F. (1995). *Acts of identification and the games of identity*. Universidad Autónoma de Madrid, Ponencia al "Workshop on cultural and national identity". Madrid.
- SERRANO, J. (1995). Discurso narrativo y construcción autobiográfica. *Revista de Psicología social aplicada*, Vol. 5, No. ½ 1995, pp. 41-56.
- TAJFEL, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- TAJFEL, H. y TURNER, J. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W. Austin y S. Woschel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*, pp. 3-47. Monterrey, CA: Brooks, Cole.
- TORREGROSA, J.R. (1983). Sobre la identidad personal como identidad social. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. (pp. 7-240) Barcelona: Editorial Hispano Europea, S.A.
- TOURAINÉ, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- UBIETA, E. (1993). *Ensayos de identidad*. La Habana: Letras Cubanas.
- VYGOTSKI, L.S. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Grijalbo.

Nota final. La condición de semisíntesis incompleta de un estudio mucho mayor me colocó, por supuesto, en una seria disyuntiva en cuanto a la selección de los autores mencionados. Citarlos o no, a quién poner y a quien quitar. No están ni remotamente todos los que son, pero espero que sean todos los que están. Tuve la tentación de no hacer citas, dejándolas para el trabajo mayor ya mencionado, pero mis hábitos de profesora me hicieron pensar que para algunas personas sería útil, para entrar en materia, la mención o recomendación de algunas obras extranjeras y nacionales. Es, sencillamente, lo que he tratado de hacer. En este sentido agradezco enormemente a Ernesto Marrero, no sólo por haberme prestado su ayuda en la búsqueda bibliográfica, sino por haber sido un excelente interlocutor.